El oficio de escuchar

El Quijote anda en burro y otras crónicas
CRISTIAN VALENCIA
Tusquets, Bogotá, 2022, 332 pp.

ESTOY CONVENCIDO de que en las crónicas de Cristian Valencia (Santa Marta, 1963) asistimos al despliegue de un talento formidable para escuchar a los otros y dar con historias únicas, como pocos en la actual crónica colombiana. Esa es, creo yo, una manera de responder por aquella manida cuestión del oficio, y que brilla especialmente en la antología *El Quijote anda en burro y otras crónicas*, que reúne alrededor de 28 textos publicados en los últimos años en diversos medios digitales e impresos, algunos desaparecidos y otros vigentes (revistas, libros y periódicos), tanto independientes y comerciales como estatales. Como dice Valencia: algunas crónicas se escribieron por encargo y otras por la vocación narrativa esencial de contar el país, sobre todo ese que rara vez aparece en los medios, ese que es de difícil acceso, uno invisible por violentado, ignorado, silenciado.

Primero, entonces, lo que significa "escuchar" en la escritura de Valencia. Hay una imagen curiosa en la etimología (*auscultare*: *auris*, "oreja"; *klei*, "inclinar"): acercarse a ese otro para advertir su pálpito. O al menos eso es lo que evoca el relato antiguo de lo que la palabra era como acción: el médico grecorromano que revisaba con el único instrumento del que disponía, su propio oído. Pues asimismo el cronista, que se acerca y por un instante suspende su pensamiento, el control de su decir y su expectativa, y recibe lo que viene del otro: entre el silencio y la palabra, el gesto y la mirada, el movimiento y la pausa, aparece el pulso de la intención, de la emoción, en lo que ese otro comparte, entrega. Justo ahí entonces el cronista, ya inclinado, descubre la máscara y el rostro, la verdad y la pose, la herida y la cicatriz. Y eso es lo que, como lectores, presenciamos en las maneras de escritura de Valencia: develamiento, gracias a una paciencia y una perspicacia tremendas para dar con ese momento, consciente o no, en que alguien habla con su voz esencial, como cuando de la nada saltan los delfines para volverse a hundir. ¡Qué oficio de escuchador! Como para quitarse el sombrero.

Segundo, aquello de historias únicas. Pues bien, no es que las historias de esta compilación contengan motivos que se distancien del amor, el deseo, la soledad, la traición, la ambición, el miedo, el abandono, la humillación... Las que se relatan son personas como cualquier otra, como nosotros, con las mismas motivaciones que nos mueven o nos paralizan. Lo que pasa es que Valencia pone el ojo y alista el oído con personas que eligen caminos pocos convencionales para vivir esas motivaciones, al punto de llevarlas al límite. Y no me refiero solo a la muerte u otra modalidad de destrucción, sino a la total transformación de las estructuras sociales, mentales, éticas y espirituales de lo que cada uno conciba como sentido de existencia: en las crónicas uno se encuentra personas que en una sola vida llegan a vivir varias en la total entrega o renuncia a lo que son, o creen que son. Mejor dicho, en estas la vida se consume enterita, hasta el último trozo del pabilo, se bebe hasta la última gota. Por eso son personas sin molde, y eso se lo agradecemos a Valencia: que nos cuente sobre esos que se salen de la raya, esos que van más afuera o más adentro de sí, los que no dejan huella o los que dejan múltiples huellas, que son como un destello, o antidestello, vaya uno a saber.

Y así, encontramos fascinantes y conmovedoras crónicas, como "Tres maneras de morir". En el encabezado, confiesa el cronista como una clave de lectura para su obra:

> Por alguna razón que desconozco, me fue dado el don de ver la vida cotidiana de la caverna, la vida de estos seres caídos en desdicha; unos por sensibles, estos por perdidos, otros por perseguir la libertad. Pero todos por humanos, de humana condición. He aquí el testimonio breve de tres vidas, tres destinos y tres maneras de morir. (p. 87)

Se trata de James, Richard y Vladimir, muchachos enraizados a la calle, al nomadismo y a la impermanencia, entregados al juego de no ser ellos mismos, o de serlo a toda costa, y a la búsqueda de lo inencontrable: ser soberanos del mundo, tragárselo a bocados, ser sombra a plena luz, brillar entre sombras, y desaparecer siempre, fieles a su naturaleza indómita, inconforme:

> Ignoro si James conoció el mar, pero se le notaba en la forma de mirar. Ignoro si fue a la isla de Creta, pero también se le notaba. Pastor viejo, James. Ladrón, embustero, le gustaba el juego y el vino. Tenía alma de marinero. Todo eso en la calle, en la noche. En el bazuco, James. (p. 88)

Sobre Richard:

> En el año 94 me lo encontré por primera vez. Era de noche, y tenía un pánico y premura trabajándole la cara. Llevaba un pantalón dos tallas más grandes que la suya, que debió ser veintiocho. Richard no llegaba al metro con sesenta y era flaco. Tenía los dientes absolutamente cariados, y solía llevar en el lóbulo de la oreja un fósforo El Rey atravesado a manera de arete. (p. 94)

Sobre Vladimir cuenta que

> [...] tenía el poder de una sonrisa turca, como la del turco que roba a la patrulla de la película *Mediterráneo*, luego de ofrecerles una noche de hachís y vino, de miradas furtivas y cuentos del mar. Vladimir era igual. Las divas pensarían que bien valía la pena dejarse robar a cambio de tener al lado la más pura y anarquista versión de la vida. La más honesta. Era un ángel hampón en desgracia. Pero ángel en todo caso, y hampón a pesar de las alas, que perdían sus plumas con el paso del tiempo, Vladimir. (p. 98)

Hay tres crónicas que son un deleite de total singularidad por esa misma condición excepcional. "El ocaso de un pirata turco", historia de uno de esos últimos piratas de los que poco se sabía pero con los que todos tenían que ver, y que por un tiempo vivió en Cartagena mientras desbordaba su vitalidad en los demás, una que se le escapaba "por los poros". "Ráfagas en el mar", la aventura del sobreviviente de Dalton Howard, cuyo velero había sido hundido por submarinos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, en 1943, y que desde entonces vivía confinado en Providencia por decisión propia, sin saber nadar, sin querer el

mar ni los barcos ya nunca más. Y la que da nombre a la compilación, "El Quijote anda en burro":

> Alfa y Beto son dos notables burros de la región, conocidos en todas las veredas y corregimientos del valle del Magdalena bajo [valle del Ariguaní]. Pertenecen al maestro de enseñanza primaria Luis Humberto Soriano, quien muy al alba de todos los sábados carga sus animales con enciclopedias, textos escolares, atlas de geografía, cuentos para niños, literatura universal, y sale no sin antes guindar de Alfa el aviso que define este delirio: Biblioburro. (p. 202)

Esta es una crónica sobre una de las hazañas más valientes y genuinas de las que he tenido noticia, y que nacen de la necesidad de hacer algo, entregar algo, y darle un motor a la realidad:

> Tuve la fortuna de conocer a Soriano y de montar en Alfa, la fortuna de estar en verdadero silencio en la mitad del valle del Ariguaní, y de tener conversaciones largas, de burro a burro, con el mejor bibliotecario que existe después de Borges, para mi gusto. (p. 205)

¡Gracias a Cristian por estas historias! Y gracias en el sentido más primigenio de alegría: expandir el horizonte de lo humano, no tanto por una esperanza de optimismo y mejora, sino por el conocimiento de eso que somos y no somos. Cada historia, con sus héroes y malandros, invisibles y anónimos, aventureros y desgraciados, es una lección de dignidad y humildad por lo que significa una vida sincera. Sus crónicas, del que sabe escuchar, son canto y defensa a esa sinceridad.

Felipe Restrepo David